

# Índice

Introducción . . . . .	9
<b>1. Lo que me espera . . . . .</b>	<b>15</b>
1.1. <i>Mileuristas</i> y becarios . . . . .	15
1.1.1. Sueños rotos . . . . .	16
1.1.2. Sobrecualificación . . . . .	20
1.1.3. Hacia una población más formada . . . . .	23
1.2. Patatas o solomillos . . . . .	25
1.2.1. Una vivienda digna . . . . .	27
1.2.2. Nuevas generaciones, nuevas expectativas . . . . .	30
1.2.3. Trabajar para vivir . . . . .	35
1.2.4. Sacrificios y buenos trabajos . . . . .	38
<b>2. El tiempo de elegir . . . . .</b>	<b>43</b>
2.1. Con el trabajo en la cabeza . . . . .	43
2.1.1. ¿Qué elegir? . . . . .	47
2.1.2. ¿Es la FP una posibilidad? . . . . .	53
2.1.3. Pragmatismo y esperanza . . . . .	59

*¿Para qué sirven los sobresalientes?*

2.2. Entre la paciencia y la suerte . . . . .	61
2.2.1. Marketing universitario . . . . .	65
2.2.2. Las salidas personales . . . . .	69
2.2.3. Las preguntas importantes . . . . .	75
<b>3. Lo que vale un sobresaliente, con lo que cuesta . .</b>	<b>81</b>
3.1. Tanto esfuerzo, ¿para qué? . . . . .	81
3.1.1. Investigadores precarios . . . . .	84
3.1.2. Decepciones . . . . .	88
3.1.3. Colchones sociales . . . . .	91
3.2. El hombre detrás del sobresaliente . . . . .	96
3.2.1. Las varas de medir . . . . .	100
3.2.2. El esfuerzo y los resultados . . . . .	103
3.3. La crisis de la universidad . . . . .	110
3.3.1. La reforma europea . . . . .	113
3.3.2. ¿Flexibles o precarios? . . . . .	115
<b>4. ¿Qué puedo hacer? . . . . .</b>	<b>121</b>
4.1. Echar a correr . . . . .	121
4.1.1. Más dinero, mejores condiciones . . . . .	125
4.1.2. El sueño de la movilidad . . . . .	130
4.1.3. Más allá de un sueldo y un contrato . . . . .	133
4.2. Encontrar el propio camino . . . . .	135
4.2.1. Ensayo y error . . . . .	139
4.3. Algunos consejos del experto al novato . . . . .	140
Epílogo . . . . .	149
Referencias . . . . .	155

## Introducción

Estudiar una carrera universitaria no es garantía de nada, tampoco laboralmente hablando. Ni siquiera si se termina con un expediente cargado a reventar de sobresalientes. Parece que ni condimentada con los famosos másteres. Quizá nunca fue, por sí sola, una garantía de un buen futuro (signifique eso lo que signifique), pero esa es la percepción que tenían mis padres y la que tenían la mayoría de los padres de mis amigos cuando estaba, a mediados de los noventa, en el instituto. Aunque entonces ya había algunas voces entre los profesores que exponían muy a menudo las bondades de la Formación Profesional. Por supuesto, no les hacíamos caso. «La FP es para los que no sirven para estudiar», pensábamos, y nadie nos podía quitar el tópicos de la cabeza.

Pero hoy, en un mercado español al que llega cada año una enorme cantidad de licenciados, la precariedad laboral, sobre todo en algunas ramas, ataca sin piedad a esa generación que masivamente se ha titulado, que ha estudiado idiomas (con mayor o menor fortuna, hay que decirlo) y ha realizado másteres, y hace que las excepciones queden sepultadas bajo realidades *mileuristas*, bajo unas estadísticas

*¿Para qué sirven los sobresalientes?*

que los colocan entre los peor pagados de Europa, y con una ventaja salarial decreciente sobre los que decidieron dejar de estudiar a los 16 y buscarse la vida, aprender una profesión —no voy a caer en el lugar común de mi amigo fontanero que dejó el instituto después de repetir dos veces segundo y que ahora me triplica el sueldo, pero ganas no me faltan—. Un experto asesor de la OCDE (organización que reúne a los países más industrializados del mundo) hablaba en el 2007 de la proliferación de contratos basura en España y de la falta de conexiones entre lo que se estudia en la universidad y los conocimientos que luego se necesitan para ponerse a trabajar. Probablemente esto ocurra en muchos casos, aunque no sólo se trata de eso.

Conviene aclarar que este libro no pretende dar una visión apocalíptica de lo que tal vez sea, simplemente, la evolución de una sociedad que en apenas veinte años ha pasado de tener un 17% de jóvenes con estudios universitarios a cerca de un 27%, por encima de la media de la Unión Europea,<sup>1</sup> sin que el tejido empresarial estuviera preparado para asimilarlos. Además, estoy seguro de que nunca ha sido fácil para casi nadie comenzar una carrera profesional y el hecho cierto es que los titulados universitarios siguen siendo, de media, los que más cobran, sobre todo en el largo plazo, aunque el paro sea menor entre los que estudiaron FP. Los contextos cambian y la vida se adapta a los cambios, pero eso de que cualquier tiempo pasado fue mejor suele ser una solemne tontería, sobre todo si estamos hablando de educación en España.

## *Introducción*

Aclarado este punto, explicaré lo que sí pretende este libro. El verano de 2007 lo pasé en Santander, cubriendo para *El País* los cursos de verano de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Hacia finales de agosto, como cada año, se reunieron chavales que acababan de terminar el instituto con unas notas muy altas y se disponían a entrar en la universidad, y recién licenciados con un expediente sobresaliente. Me junté con unos cuantos para preguntarles cómo veían ellos, algunos de los mejores estudiantes del país, su futuro en este contexto incierto en el que vivimos. Aunque lo afrontaban con ilusión y energía, lo veían grisáceo tirando a marrón (y eso que todavía no estaba encima la crisis que enseñó sus dientes unos meses después). Con todas esas voces, se publicó en *El País* el artículo titulado «¿Para qué sirven los sobresalientes?»,<sup>2</sup> que a través de la página web del diario recibió cientos de comentarios. Después de una serie de casualidades (la casualidad y la suerte, dos fuerzas muy difíciles de contrarrestar, ni siquiera con todos los títulos del mundo), la Editorial Plataforma se puso en contacto conmigo y me propuso hacer este libro para profundizar en un tema que, sin duda, preocupa a los jóvenes que están intentando hacer valer sus títulos, a los que se están formando y a los que tienen aún que decidir cómo y dónde se van a formar e, incluso, si quieren hacerlo. No digamos ya si les interesa a sus padres.

Así, este texto nace de hacernos unas cuantas preguntas bastante dolorosas, por ejemplo, si sigue mereciendo la pena (al menos tanto como antes) estudiar una carrera y esforzarse

*¿Para qué sirven los sobresalientes?*

al máximo, esto es, pasar la primera juventud dejándose la piel para obtener ese expediente brillante cargado de sobresalientes. También nos preguntaremos si es un error iniciar una carrera con la cabeza llena únicamente de salidas laborales, y qué se puede hacer hoy con ese brillante expediente para enfrentarse al contexto español de dificultades.

Los testimonios de aquel artículo y los comentarios a través de Internet han servido de punto de partida, y se han completado con muchas más historias de estudiantes sobresalientes y también con algunos ejemplos de quienes han hecho valer cartillas de notas más modestas. La mayoría de los testimonios de jóvenes a punto de empezar la carrera pertenecen a asistentes al curso Ortega y Gasset de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, que se realizó en el verano de 2008. Y la mayoría de los que componen el resto responden a una selección fruto del azar y del Google. Esto significa que fui buscando en la Red a gente que hubiera ganado algún premio o distinción por su expediente y me puse en contacto con ellos. A algunos los he conocido personalmente; otros han tenido la amabilidad de irme contando su vida a través de numerosos correos electrónicos. A todos ellos les doy las gracias sinceramente porque son la base de este texto, ya que no hay que olvidar que la realidad se compone, un poco artificialmente, sumando todas esas realidades individuales.

En el primer capítulo, nos detendremos en el contexto social y económico de los jóvenes españoles, en el que la precariedad apenas distingue entre niveles de formación, y revisaremos luego cómo cambian las expectativas de una ge-

## *Introducción*

neración que ya no busca las mismas cosas que sus padres, ni en el trabajo ni en la vida. Las expectativas concretas de los chavales que llegan a la universidad y cómo, e influidos por quién, han tomado la decisión de estudiar una carrera harán girar el segundo capítulo. En él también saldrán a la luz las dificultades, los tópicos y, quizá, la falta de orientación que pesa a la hora de tomar esas decisiones que, en cualquier caso, llevan a un punto (el título universitario) que no es más que el inicio de otro largo camino. A continuación, la experiencia de algunos licenciados con expedientes brillantes servirá para confrontar lo que ocurre en la vida real con lo que esperan los recién llegados a los campus; bucaremos en la idea repetida hasta la saciedad del divorcio entre lo que ofrece una carrera y lo que las empresas demandan a un profesional y nos preguntaremos cuál es la parte de culpa que tiene la universidad española en la situación de los jóvenes titulados. Al final, buscaremos alternativas para intentar combatir la frustración si no se llegan a cumplir (o tardan demasiado en llegar) todas las expectativas que se habían puesto en la formación superior.

Así, a través de todas esas realidades individuales, y echando mano por supuesto de estadísticas, estudios y de expertas opiniones, comprobaremos que ni las respuestas son únicas, ni la misma decisión tiene los mismos resultados para una persona u otra, en un lugar u otro. Pero soy de los que creen que estudiar siempre merece la pena; que una carrera, sin ser una absoluta garantía, es probablemente el mejor punto de partida; que si es un punto de partida brillante (con esos sobre-

*¿Para qué sirven los sobresalientes?*

salientes), mejor todavía; y que no es lo mismo una carrera u otra, así como cada vocación y ambición también son distintas. Sin embargo, es innegable que las cosas han cambiado (lo están haciendo ahora mismo), así que probablemente sea mejor pararse un momento a pensar en todas las posibilidades en lugar de seguir a ciegas aquel presunto camino de baldosas amarillas: del graduado escolar al bachillerato y de allí a la carrera, la que sea. He aquí algunas pistas.